

EL LOBO ROJO Y LA CAPERUCITA FERROZ.

En el bosque de Zarzabalanda –precioso bosque que queda bastante lejos de aquí– había una vez en la que la paz era la reina del lugar. Sus habitantes convivían felices y contentos: desde los troncos más anchos y las copas más altas hasta las hierbas más delicadas... desde los osos más corpulentos hasta la más frágil de las mariposas. Todos, felices y contentos.

Las personas no habían penetrado aún en ese bosque y a este cuento habría que colocarle –ya mismo– el cartelito de “colorín colorado” si no fuera porque llegó un día en el que esa paz, esa tranquilidad del “había una vez” del principio se convirtió en “otra vez”. Y esa “otra vez” empezó un tiempo de miedo en el bosque de Zarzabalanda.

Claro que únicamente para los lobitos, pero miedo al fin... por lo que la maravillosa paz, de la que todos disfrutaban hasta entonces, pasó a ser un recuerdo. Pues a una nena solitaria, silenciosa y cubierta con una caperuza, recorriendo –de noche– los dos únicos caminitos que daban vueltas como serpentinas a través del bosque de Zarzabalanda. Ella los atravesaba una y otra vez, como si quisiera aprender sus recorridos de memoria. Los dos caminitos los habían abierto los animales –de tanto ir y venir de un lado al otro– y comunicaban cuevas, madrigueras, nidos, tal cual se comunican las casas de los hombres en cualquier barrio del mundo.



Uno era un largo camino largo. El otro, un corto camino corto. ¿Qué habían contado los pájaros madrugadores?

Una tarde, la mamá llamó a Rojito y le anunció: —Querido hijo mío, vas a tener que ir hasta la casa de la abuelita para llevarle estas lanas. Me mandó a avisar que ya se le acabó el montón que le enviamos el mes pasado. —Y le dio una cesta repleta de madejas con las que la abuela loba solía tejer abrigadas mantas.

El lobito se puso a temblar.

—Brrr... Ir... ¿yo solo? —preguntó, porque, hasta ese día, él siempre había visitado a la abuela junto con su madre.

—Sí, hoy no puedo acompañarte, pero ya estás crecinito y es hora de que empieces a atravesar el bosque solito y solo.

—Pero... mami... —protestó Rojo—, ¿y si se me aparece la Caperuza Feroz?

Un poquito disgustada debido a que su pequeño no demostraba ser valiente, la madre resopló, dando fin a la charla:

—¡Si se te aparece esa fiera de dos patas y trenzas rubias... a espantarla con un horrible gruñido y una serie de dentelladas frente a su misma nariz! ¿O acaso mi hijo no es todo un señorito lobo?

Rojito se sintió un poco avergonzado, porque la verdad era que no tenía el coraje que esperaba su mamá. Pero tragó saliva y se quedó callado, pensando que debía animarse a salir solo, por primera vez.

Y se animó.

Por eso, al rato partió rumbo a la casa de la abuelita, canasta en pata y tratando de “hacerse el valiente ... (¡pero con un miedo...!).